



## **I Certamen de Relatos Cortos sobre el Cáncer** **"Rompe el tabú: llámalo cáncer"**

### **Relato ganador 1ª edición 2020**

#### ***ENCUENTROS***

***Sara Salvador***

Eran los primeros días del mes de septiembre. El atardecer me llevó a aquel lugar de paz en el que con frecuencia solía refugiarme; allí el sol, el agua y la quietud renovaban mi energía.

Me tumbé como tantas veces sobre las piedras, rodeada de una vegetación salvaje y, entre tanta belleza y armonía, cerré los ojos dejándome transportar. Decenas de libélulas revoloteaban en elipses posándose entre los pequeños matorrales.

Sondormida reviví, una vez más, aquella fría y soleada mañana de invierno. Un viento gélido acariciaba mis mejillas al atravesar el viejo viaducto camino a mi trabajo mientras el sol provocaba tímidos destellos en la cerámica de las torres mudéjares de la ciudad. Era un siete de febrero. Hasta entonces, una fecha en la que celebrar el cumpleaños de aquella niña pelirroja, a partir de ese día un aniversario en el que celebrar con consciencia la vida.

Mis pensamientos fluían lentamente al ritmo del agua que, mecida por el viento, golpeaba con suavidad la ladera del promontorio, como si cada una de sus pequeñas olas trajera a la memoria aquel dolor inicial, el desconcierto, la fiebre, la incertidumbre y ese diagnóstico que cambiaría mi vida para siempre: cáncer, cáncer de ovario.

De pronto, como si de un sueño se tratara, sentí una voz que narraba entre susurros una historia paralela que parecía fundirse con la mía. Describía cómo, sin saber por qué, una mañana inició una nueva aventura. Se separó del grupo, decidió alejarse, comenzó a desplazarse, a conocer otros lugares en los que descubrió nuevos agentes que llamaron su atención. La curiosidad le llevó a acercarse atraída por ellos. Tras este primer contacto percibió una ligera alteración, algo estaba cambiando en ella, se notaba diferente.

Desde ese momento advirtió cómo se desarrollaba y dividía a mayor velocidad. Se miraba y apreciaba sus cambios; ligeras mutaciones, variaciones en su aspecto, en su

forma y color, apenas se reconocía. El viaje resultó ser una experiencia inquietante, creó en torno a sí un ejército que crecía y se desarrollaba vertiginosamente desplazándose de uno a otro lugar.

Desperté inquieta sintiendo que esa historia soñada me resultaba cercana, me transportaba a la vorágine vivida en los primeros momentos de la enfermedad. Pruebas, prisas, miedo, diagnóstico, operaciones, quimioterapia, tristeza profunda, un mundo y un lenguaje desconocido que comenzaría a partir de ahora a ser habitual. Traté de serenarme avanzando hacia el agua que, fría como estaba, revitalizó mi cuerpo y sosegó mi mente.

Según se iba poniendo el sol entre tonos ocres y reflejos de luz, la calma me fue llevando a recordar momentos de quietud durante la enfermedad. Una serenidad inusual, largos tiempos de reposo que daban a las horas y minutos una nueva duración, tiempo para ser, para estar, personas amigas que acompañaron con ternura desde su presencia silenciosa, redes tejidas con otras mujeres que habían vivido la enfermedad, vidas conectadas.

Me envolvió una sensación de paz; así ocurría cuando disfrutaba de este lugar desde aquellos días en los que, con la cabeza desnuda, buscaba en él un rincón donde soñar.

De nuevo, ensimismada como estaba en mis pensamientos, resonó aquella voz susurrante que relataba cómo aquel viaje realizado a velocidad vertiginosa cambió su vida ese mismo día siete de febrero. Mientras contaba cómo vio mi cuerpo enfermar y la angustia con la que vivió aquella primera sesión de quimioterapia en la que el taxol y el carboplatino comenzaron a circular a través del torrente sanguíneo, me costaba comprender cómo sin ni siquiera habernos visto sentía que nos conocíamos desde hacía tiempo.

— «Es cierto —me respondió adivinando mi pensamiento—, no nos hemos puesto nombre pero hemos compartido durante los últimos años los momentos de mayor intensidad de tu vida».

— ¿Quién eres?, pregunté asombrada.

— «Soy yo, la célula que originó en ti todo este caos».

Una sonrisa de incredulidad apareció en mi rostro. Quizá, ahora que nos conocemos, le dije, puedas saciarme la curiosidad que tengo sobre cómo apareció el cáncer en mi cuerpo, en qué preciso instante produjiste la mutación de mis células y si, finalmente, serás tú o los fármacos quienes definan mi futuro.

Con el último rayo de sol sobre mi espalda y mientras abandonaba aquel rincón, sentí que haber bailado de cerca con la muerte me daba una nueva perspectiva y me permitía mirar la vida desde otro lugar. Ahora que han vuelto los planes de futuro, la incertidumbre y el miedo conviven con la esperanza.